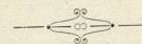


LUZ DE LUNA



LVZ DE LVNA

A ANGEL DE CAMPO



I

¡Oh, máatala! — á su oído
dijeron á la vez la torva ira
y el despecho brutal. Enloquecido
y ciego de furor alzó la mano,
relampagueó el acero de la hoja;

y mientras hiere y la mujer expira,
parece que abre impenetrable arcano
con la cuchilla humedecida y roja.

II

¿Era culpable? —dícele muy quedo
una voz honda que le hiela el alma.
¿Era culpable. . . dí? la voz insiste,
y por primera vez le azota el miedo.
Contempla en torno con fingida calma: . . .
Atravesando la entornada puerta,
la luz crepuscular alumbra triste
el pálido semblante de la muerta.

III

En el último rayo enrojecido
en la sangrienta charca en que reposa
la joven, como un lirio desprendido

del tallo por la racha enfurecida,
mira flotar el alma de su esposa
que parece volver al cuerpo inerte
y reanimar la llama de la vida
en los despojos mismos de la muerte.

IV

«No soy culpable, no —dice la boca
inmóvil del cadáver, cuyos ojos
abiertos ven al trémulo asesino;—
firme fué mi virtud como la roca
que no conmueve el huracán. Abrojos
sólo recogerás en tu camino.
Por tu crimen bestial no lleves duelo;
el abismo eres tú, yo soy el Cielo.»

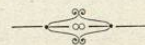
V

Se apagó el rayo de la luz incierta
á los pies de la noche ennegrecida,

que cubrió con su manto
la faz aterradora de la muerta.
Á tientas sacó el hierro de la herida
el matador. Sin pena ni quebranto,
como en la blanca noche de su boda,
cubre de besos á su dulce amada;
amoroso á su lado se acomoda;
y sin una oración, sin decir nada,
con mano firme y ánimo certero,
á la luz de la luna que nacía,
exhalando un suspiro de alegría,
se partió el corazón con el acero.



LAS LÁGRIMAS DEL BRONCE



I

Un día los gérmenes de la tierra de Francia,
unidos al servicio del genio y del orgullo,
rojos por el aliento vibrante de la gloria,
hincháronse en las venas de Bonaparte el Único.

Y buscó compañera bajo enemigo techo,
y penetró en el vientre de una hija de Hapsburgo
como en Berlín, en Viena, en Madrid, en Mósco,
circuido por la púrpura aureola del triunfo.

II

No sonrió la Vida en la noche de bodas
del domador de pueblos y la hija de Hapsburgo.

III

El monólogo eterno del salobre Océano
despierta otro más triste, más hondo, más adusto,
en el alma doliente del vencedor vencido,
que de su roca mira las ondas, taciturno....

Allá lejos, muy lejos, se alza una ola inmensa.
¿Qué trae sobre la cima, deslumbrador y puro?
¿Las nieves de los Alpes que hollara como Aníbal
ó el sudario de hielo de los desiertos rusos?

El sol quiebra sus rayos en el cristal revuelto
de la ola ya próxima. Sobre el cantil desnudo
refleja el arco iris sus trémulos colores,
y envuelto en ellos clama con inefable júbilo:

—Es Austerlitz, es Jena, mi ejército de Italia!....
Y es, ah! la roca inglesa, su isla, su sepulcro.

IV

Y sueña en las Pirámides, en Suez, en Palestina,
en Marengo y en Tillsit; y en los celajes brunos
ve en ráfagas de llamas á Mósco, el grande incendio
que fundió en moldes nuevos á los cosacos rudos.

Pero, ¡ay!.... que su trono, su ejército, su gloria,
no se prenden al alma con recuerdo importuno;
piensa en el pequeñuelo que se llevó consigo,
en medio de las ruinas, esa hija de Hapsburgo.

V

Una onda más grande que todo el Océano,
 más amarga y rugiente, caminando sin rumbo,
 rueda en su alma enorme, que tan sólo en su alma
 puede caber la onda de su dolor profundo.

¿Adónde está su dulce reyecito de Roma....?
 Han roto su diadema los aliados intrusos....
 Las águilas no vienen á decirle al oído
 si anida el pequeñuelo en las cumbres del mundo.

Y sólo Dios contempla—Dios que ve en el coloso
 correr, como la lava candente del Vesubio,
 el fuego de su llanto, por aquel bronce antiguo
 de su semblante, mezcla de César, de tribuno,
 de legionario, y ora de mártir, cuyo espíritu
 busca á Dios en los lampos del postrimer crepúsculo.

VI

No sonrió la Vida en la noche de bodas
 del domador de pueblos y la hija de Hapsburgo.

